

tenia siempre á su disposicion. Despues tomaron los dos juntos el camino de Maguncia, y habiendo persuadido el jóven rey á su padre que podrian descansar juntos en el castillo de Binghen, le mandó arrestar, y le detuvo allí prisionero. Trasládaronle algunos dias despues á Ingelheim, en donde le manejaron de tal modo que le persuadieron se confesase culpable y renunciase el imperio; y aun protestó que hacia voluntariamente esta renuncia, y que ya no queria ocuparse en otra cosa que en la salvacion de su alma. Entregó al punto todas las insignias de la soberanía á su hijo, que fué reconocido unánimemente sucesor suyo por todos los señores eclesiásticos y legos. Hubo una asamblea en Maguncia en el día de la Epifanía del año de 1106 de las mas numerosas que se habian visto mucho tiempo habia. Esta asamblea, á la que asistieron cincuenta y dos grandes del imperio y un erecidísimo número de prelados, nombró una diputacion de los personajes mas distinguidos para que fuese á Roma á consultar al Papa Pascual y rogarle trabajase con ellos en el restablecimiento del orden y de la disciplina casi enteramente destruida en las iglesias de Alemania. En su consecuencia los legados del Papa confirmaron la eleccion con la imposicion de las manos.

No tardó Enrique IV en arrepentirse de lo que habia hecho: retiróse á Colonia, despues á Lieja, y allí tomó otra vez las insignias de su dignidad. Escribió despues al rey de Francia una carta muy larga y patética para interesarle por su causa. Escribió tambien al santo abad de Cluny, su padrino, ofreciéndole guiarse por sus consejos, tanto en lo perteneciente á los asuntos de la Religion como á los del Estado. Asi las cosas, el jóven Enrique, incomodado de que su padre pretendiese tomar otra vez el nombre de emperador, se acercó á él con todas sus fuerzas, y le hizo intimar que le presentaria

la batalla si no accedia en el término de ocho dias á la conferencia para que le citaba á Aquisgran. El emperador, que con la poca gente que sus desgracias habian traído al rededor de él, no estaba para combatir con su hijo, contestó con una carta que dirigió á los príncipes y prelados del imperio (1). En ella apela á todos los hombres de bien y á todos los cristianos en general, é invoca en defecto de los hombres los ausilios de Dios, de la Santísima Virgen y de San Pedro, á quien tantas veces habia ultrajado en la persona de sus sucesores. «Hemos apelado, añadé, y apelamos por tercera vez al Papa Pascual y á la Iglesia romana.» Pero bien pronto hubo de comparecer ante un tribunal mucho mas formidable.

Este desgraciado príncipe vióse reducido á tanta miseria en los últimos meses de su vida, que suplicó al obispo de Spira le concediese una prebenda laical en su iglesia, ofreciéndose á desempeñar en ella el cargo de lector ó sochantre; pero le fué negada. Por último, murió en Lieja á 7 de agosto de aquel año de 1106, á los cincuenta y cinco de su edad y cincuenta de su reinado. El obispo Otherto, que seguia aun en el cisma en que Enrique le habia comprometido, le hizo por el pronto enterrar en la iglesia de San Lamberto; pero poco despues este prelado no fué recibido en la comunión de la Iglesia sino con la condicion de desenterrar el cadáver de Enrique, el cual fué trasladado á Spira y depositado en un sepulcro de piedra donde permaneció cinco años fuera de sagrado. Este fué el deplorable fin de un príncipe que por los recursos de su talento y de su valor supo dar ó sostener sesenta y seis batallas, de que salió vencedor siempre que no le vendieron; pero que por su ciega confianza en ministros incapaces, por su brutal pasion

(1) *Ep. Henr. IV, ap. Baron. ann. 1106.*

á los placeres, por su desprecio á la Religion, por su tráfico sacrilego de los beneficios eclesiásticos, y por su crueldad y su perfidia, se hizo harto merecedor de sus desgracias.

Despues de su caída, y luego de su deposicion por la dieta de Maguncia, se procedió contra sus partidarios cismáticos. Fueron espulsados de sus Sillas muchos obispos, colocados en su lugar otros mas católicos, y puesto entredicho general á todos los clérigos ordenados por prelados partidarios del cisma hasta que se hiciera de todo un detenido exámen. Algunos, llevados de su celo, llegaron hasta desenterrar los obispos que no habian muerto en el seno de la unidad, arrojando sus cadáveres fuera de las iglesias, comprendiendo entre ellos al del Antipapa Guiberto, que yacia despues de cinco años en la catedral de Ravena.

El nuevo rey de Alemania y de Italia autorizaba todos estos arranques de un celo desordenado, é intentaba encubrir debajo de estos velos de Religion el atentado que él habia cometido contra el emperador su padre. Mas no tardó en dar á conocer que la barbárie de un hijo no es inspirada por un amor sincero de la Iglesia. Cuando por la muerte del emperador su padre se vió señor absoluto, reclamó como un derecho inenajenable de su corona aquellas mismas investiduras que habian dado márgen á su rebelion. El Papa, invitado á remediar por sí mismo los abusos inveterados de la Iglesia de Alemania, hallábase ya en la Lombardia cuando llegó á columbrar las tortuosas maniobras del nuevo emperador por algunas proposiciones que llegaron á sus oídos. «No, no, dijo suspirando: la puerta de la Germania no está todavía abierta para los sucesores de San Pedro;» y al punto resolvió pasar á Francia para tomar en tan críticas circunstancias medidas prudentes con el rey Felipe, sinceramente convertido,

y con su hijo Luis el Grueso, nombrado rey.

A su llegada le dieron los dos príncipes los testimonios mas espresivos de su afecto, prometiéndole postrados á sus pies todas las fuerzas de su reino. Ofrecieronle consagrar sus propias personas á la defensa de la Iglesia romana, á ejemplo de Carlo-Magno y de tantos otros monarcas franceses. Sabedores de que el rey de Germania enviaba embajadores al Pontífice para conferenciar sobre el asunto espinoso de las investiduras, mandaron preparar lo necesario para tener estas sesiones con toda seguridad en Chalons del Marne; y por el honor de la Silla apostólica le dieron para el viaje una comitiva numerosa de abades, obispos y arzobispos. Apenas bastaron todas estas precauciones contra la audacia de los ministros germánicos, de quienes el duque Velfon, que era el principal, tenia una estatura colosal y una voz de trueno, y además hacia llevar siempre delante de sí una espada desenvainada (1). Parece que todos en general venian mas bien á intimidar al Papa Pascual que á conferenciar. Habiendo representado por parte del Papa que era cosa indigna hacer entrar en la esclavitud de los príncipes de este mundo á la Iglesia libertada por el Hijo de Dios, encolerizáronse los feroces embajadores, y dijeron: «no es aquí donde se ha de decidir esta cuestion con vanos racionios, sino en medio de Roma á sablazos (1107).»

La firmeza del Sumo Pontífice fué un pretesto para renovar el cisma en Alemania, pero produjo efectos enteramente contrarios en las islas británicas. Ya fuese por horror á las turbulencias que habian asolado el imperio y precipitado al emperador Enrique IV en un abismo de calamidades, ó ya por miedo de participar del odioso renombre que Gui-

(1) *Suger. Vit. Lud. cap. 9.*

llesmo el Rojo había dejada entre los ingleses, ó ya mas bien por la dificultad de superar la magnanimidad verdaderamente episcopal de San Anselmo y el alto crédito que le habían dado sus virtudes, lo cierto es que Enrique, sucesor de Guillermo, despues de haber probado de mil modos la constancia del santo arzobispo, y obligádole á emprender segundo viage á Roma, y apoderádose de todos los bienes de la Iglesia y tenidole largo tiempo desterrado fuera del reino, firmó por último un convenio razonable y cristiano (1). Instó despues al Santo á que volviese á entrar en el reino, en el que á su desembarco fué recibido como el ángel tutelar de la nacion y el precursor de la felicidad pública. La reina en particular, despues de haber ido á rendirle los homenajes afectuosos de su piedad filial, fué delante de él todo el resto del camino para prepararle alojamiento. Obligóse el rey á restituir todos los bienes de la iglesia de Cantorbery, que había usurpado durante la ausencia del arzobispo, á descargar á todas las iglesias de las contribuciones impuestas por Guillermo el Rojo; y finalmente, á no dar otra vez ni permitir que diese ningun lego la investidura de un obispado ó abadía por la entrega del báculo y el anillo. Declaró Anselmo por su parte, que la supresion de las investiduras en nada disminuira el respeto ni la obediencia de los prelados hácia su monarca. Al punto se dieron pastores á las muchas iglesias que de ellos carecian ya durante largo tiempo (1107).

Restablecidas así la inteligencia y la concordia entre las dos potestades, procedieron de acuerdo á restablecer tambien las costumbres y la disciplina en el clero. Para desterrar de él eficazmente el amancebamiento, resolvieron que todos los sacerdotes incontinentes abandonasen sus mugeres si que-

(1) Edmer. *Novor.* lib. 4.

rian continuar diciendo misa, que perdiesen sus bienes muebles con sus mancebas, y quedasen en entredicho el tiempo de cuarenta dias para hacer penitencia. Y que si preferian renunciar al altar antes que á sus vergonzosas costumbres, el entredicho seria perpétuo, y quedarían privados de todo beneficio eclesiástico y declarados infames.

Poco tiempo sobrevivió San Anselmo á esta feliz concordia: tenia ya muchos años, y sus últimos trabajos habían agotado sus fuerzas. No pudiendo ya andar, hacia le llevasen todos los dias á la iglesia para asistir al Santo sacrificio. Sin embargo, la necesidad en que se vió de defender la preferencia de su Silla, disputada por la de York, pareció volverle todo el vigor de su primera edad. Elegido Tomás para este arzobispado, hacia mucho tiempo que dilataba su consagracion, aguardando algun incidente favorable al designio que había formado, y aun manifestado, de participar de la primacia de Inglaterra. De acuerdo con él sus canónigos, al ver el estado de languidez á que estaba reducido San Anselmo, le escribieron con audacia que la iglesia de York era igual á la de Cantorbery. Conoció Anselmo todas las consecuencias de esta pretension y de la preocupacion que dejaria despues de su muerte si no se apresuraba á reprimirla; y así respondió á Tomás en estos términos: «Sabed, que en presencia y en nombre de Dios Todopoderoso, os privo de toda funcion sacerdotal, y os prohibo ejercer el ministerio de pastor hasta que dejando de rebelaros contra la iglesia de Cantorbery, vuestra Madre, la ofrezcais obediencia como han hecho vuestros predecesores; y si persistis en vuestra rebelion, prohibo bajo la pena de anatema perpétuo á los obispos de la Gran Bretaña os impongan las manos y os reciban en su comunión si os haceis ordenar por extranjeros.» Envió esta carta á todos los prelados

de Inglaterra, y les intimó en virtud de santa obediencia que llevasen á efecto su contenido (1108).

Este golpe de vigor produjo su efecto aun despues de la muerte del Santo, quien, como fuese siempre decayendo durante unos seis meses, entregó por fin su alma al Criador en 21 de abril de 1109, al año décimo sexto de su pontificado y setenta y seis de su edad. Su carta contra Tomás, leida entonces en presencia del rey que reunia su corte en Londres, causó en ella una impresion tal, que once obispos declararon que se conformaban exactamente con todo su contenido aunque fuese necesario perder su dignidad. Sanson de Worchester, padre de Tomás, hizo la misma declaracion, á la que tambien suscribieron el rey y toda la concurrencia. Por último, el ambicioso arzobispo de York ofreció con juramento á la Iglesia de Cantorbery la obediencia que la habían rendido sus predecesores, y aun en el resto de su vida tuvo grande pesar de no haber sido consagrado por la mano de San Anselmo.

Nos quedan de este santo doctor muchas obras dogmáticas que han hecho sea tenido por el mejor metafísico de la Iglesia latina despues de San Agustin, y en las que se observa un encadenamiento de ideas muy notable. Tenemos tambien de él gran número de meditaciones y oraciones que respiran una tierna piedad; y mas de cuatrocientas cartas, de donde pueden sacarse muchas noticias útiles para la inteligencia de los negocios en que tuvo parte.

Ocho dias despues que este grande hombre, murió San Hugo, no menos grande en el orden de la prelatra inferior que ejerció durante sesenta años sobre la floreciente congregacion de Cluny, la cual llegó en su tiempo al mas alto grado de esplendor, del que despues de su muerte no tardó en decaer. Ponce, que fué su sucesor, y que por el pronto mostró sabiduria y

modestia, se dejó luego llevar de un orgullo tal, que le hizo incurrir en ligerezas y debilidades ridiculas que hicieron muy poco favor á su orden y le originaron muchos disgustos. Había tenido San Hugo por amigos á todos los personajes mas santos y mas ilustres de su tiempo: fué constantemente querido y reverenciado de Didier, abad de Monte-Casino y despues Papa con el nombre de Victor III, del Papa Urbano II que le miró siempre con la afectuosa atencion de un discípulo para con su maestro; del emperador Enrique el Negro, de la emperatriz Inés, y aun de su hijo Enrique IV. Ganó tambien el corazón y la confianza de Alfonso VI, rey de Leon y de Castilla, por cuyas liberalidades levantó la magnífica iglesia que subsistió durante mucho tiempo en Cluny; y tambien y con mas utilidad le apreció su soberano el rey Felipe, á quien la Providencia hizo le sobreviviese el tiempo necesario para confirmarle en los sentimientos de penitencia que él (San Hugo) había contribuido tanto á inspirarle.

Este príncipe murió en Melun nueve meses antes que San Hugo, mas verosimilmente en 28 ó 29 de julio que en 3 de agosto, como dicen algunos autores (1108). Es por lo menos incontestable que en este último dia fué consagrado Luis VI en Orleans por los consejos de Ivon de Chartres, y que Ivon no asistió á la muerte de Felipe. A causa de algunos señores que estaban descontentos con Luis se escogió para esta ceremonia que era tan importante para la tranquilidad del Estado, la ciudad de Orleans mas bien que la de Reims, que estaba muy agitada por un cisma, pero que no dejó de reclamar sus antiguas prerogativas.

Alfonso de Castilla murió en 29 ó 30 de junio de 1109, despues de haber quitado á los moros la importante ciudad de Valencia, y de haber logrado contra los mismos otras muchas victorias que parecieron

maravillosas (a). Nada hubo mas señalado, en clase de maravillas que el valor del ge-

(a) En nuestra nota de la página 310 dimos ya algunos pormenores de las muchas victorias del rey don Alonso el VI; victorias que á vueltas de algunos otros sucesos desgraciados se continuaron despues, y que hubieran tal vez bastado para destruir todo el poder de los infieles en España, á no haber entrado en ella los almoravides de Africa. Habíalos llamado el mismo rey don Alfonso á instancias del rey moro de Sevilla, con cuya hija Zaida (luego María ó Isabel despues que se convirtió) estaba casado don Alfonso. Proyectaba el rey moro de Sevilla sujetar á los demas moros de España con el apoyo de Jufet rey de los almoravides de Africa; por esto los llamaron, aunque no tardaron en conocer su error, pues sin prestarles auxilio, se alzaron con todo el dominio de los moros y se manifestaron enemigos de los cristianos. Para oponerse á sus proyectos hizo D. Alfonso estrecha alianza con Felipe, rey de Francia, por cuya orden pasaron á España los condes de Borgoña y Tolosa y Enrique de Besanzon que en adelante fundó el reino de Portugal. Dicho conde de Borgoña llamado D. Ramon casó con doña Urraca, hija legítima de Alfonso VI, y fué nombrado conde de Galicia. Con este auxilio y con nuevos ejércitos que reunió el rey en Castilla y Leon volvió á hacerse superior á los almoravides, cuyo gefe ni aun se atrevió á recibir la batalla que le presentaron los cristianos, antes bien huyó de noche abandonando su campo, y procurando despues ajustar algunas treguas. Y cuenta que fué el mismo rey Jufet, el cual viendo que Hali, que era el general que primero había enviado, se había alzado con la autoridad soberana, pasó de Africa á España con grande ejército, y apoderado de Sevilla mandó cortar la cabeza á Hali, y se propuso hacer cruda guerra á los cristianos para enseñorearse de todo.—Durante esta campaña conquistó el valiente Ruy Diaz de Vivar, despues de grandes luchas, la ciudad de Valencia, llamada desde entonces Valencia del Cid, como antes se decia de los Edetanos. Todos nuestros historiadores refieren á la larga tanto esta como otras muchas acciones notabilísimas de aquel hombre extraordinario; pero nosotros nos limitaremos á mencionar su piedad y celo por la Religion, de que dió una brillante muestra inmediatamente despues de su principal conquista. Estaba entonces la iglesia de Valencia, como la mayor parte de las ciudades dominadas tan largo tiempo por los moros, sin pastor y con muy corto número de sacerdotes y ministros inferiores, de suerte que los cristianos que permanecian en ella se veian privados en su mayor parte de los auxilios espirituales. Viendo el celoso conquistador en tan triste situacion á los fieles valencianos, negoció con el arzobispo de Toledo don Bernardo y con el rey don Alfonso, que se nombrase un obispo para Valencia; y fué elegido y consagrado un canónigo de Toledo llamado Gerónimo Vique ó Visquío, francés, hombre de grandes prendas y virtud. Ocupó este la Silla de Valencia, purificó nueve mezquitas consagrándolas en otras tantas parroquias, y puso en orden todas las cosas pertenecientes á la Religion, hasta que despues de la muerte del Cid ocurrida en 1102, tornó otra vez la ciudad á poder de los moros, en cuyo tiempo pasó á ser obispo de Salamanca y administrador de Zamora. Pueden verse Escolano, Ortiz, P. Mariana etc. (N. del E.)

neral Rodrigo Diaz de Vivar, tan famoso en la historia de España bajo el nombre del Cid, que en lengua morisca significa *señor*. Habiéndole saludado con este nombre de Cid los diputados de cinco reyes musulmanes á quienes él había vencido, quiso el rey Alfonso que en adelante no llevase otro nombre. Despues de la muerte de este héroe invencible, las tropas castellanas fueron derrotadas muchas veces por Ben Abad, rey de los mahometanos almoravides de Africa, que habían subyugado al rey musulmán de Granada y amenazaban á todas las Españas. Era Alfonso el hijo segundo de Fernando I, rey de Castilla, y nieto del rey de Navarra Sancho III, llamado el Grande, que nombró tambien rey de Aragon á Ramiro su hijo natural. Gareia, primogénito de Saacho, heredó la Navarra, la que despues de su muerte prematura recayó en su hermano Fernando. Y hé aquí como este reino, uno de los de menos consideracion en España, dió origen á los de Castilla y Aragon que absorbieron insensiblemente todos los demas. No es nuestro ánimo desentrañar el caos de las muchas revoluciones verificadas por los motivos indicados, pues lo que acabamos de decir basta para aclarar los grandes acontecimientos y darles el interés conveniente. Alfonso, por falta de hijos varones dejó sus Estados de Castilla y Leon á su hija Urraca, que tuvo por sucesor (1126) á su hijo Alfonso Ramon, nacido de su matrimonio con Raimundo ó Ramon, conde de Galicia (a).

(a) En 1.º de julio de 1109 y no en 29 ó 30 de junio como dice Henrion murió Alfonso VI de Leon y I de Castilla. Hallábase ya en edad avanzada, pues tenia 79 años, y había ya mucho tiempo estaba agoviado de diferentes enfermedades viniendo á agravar sus males la noticia de la desgraciada batalla de Uclés en que pereció su hijo único D. Sancho quedando vencidos los cristianos aunque con notable pérdida de los moros. Viendo cercana su muerte, dispuso que su hija doña Urraca, viuda entonces del conde D. Ramon, fuese reconocida y proclamada reina de Castilla y Leon, quedando el hijo de Urraca D. Alfonso

En Italia, aterrado el Papa Pascual de las amenazas que los embajadores de Enrique V le habían hecho en Francia, procuró sostener los derechos de la Iglesia, que creía siempre ofendidos esencialmente por las investiduras. Salió de Roma y pasó á la Pulla, á fin de asegurarse de los príncipes y señores normandos que le juraron todos defender la Iglesia contra las violencias del rey de Germania. Al punto volvió á Roma y obtuvo de todos los grandes la misma promesa. Eran muy fundados sus temores y urgente el peligro. Por el mes de agosto del año 1110, declarando Enrique que iba á hacerse coronar emperador, pasó los montes al frente de un ejército formidable y seguido de muchos sábios, á fin de sostener sus pretensiones con la pluma igualmente que con la espada. Atravesó la Lombardia sin que ninguna plaza osase resistirle, á escepcion de Novara, que bien pronto se vió forzada á rendirse, y de Milan que se negó á reconocerle por su señor y á pagarle contribucion alguna. Desde Florencia, donde celebró las fiestas de Navidad, envió diputados á Roma para tratar con el Sumo Pontífice. El sobresalto era general en esta ciudad: sin embargo, se obtuvo la promesa de que el emperador al recibir la corona renunciaria á las investiduras de las iglesias; que no atentaria contra la vida ni contra la libertad del Papa ni de sus fieles servidores, ni pretenderia quitar-

con la Galicia segun la tuvo su padre, y llamado al mismo trono de Leon y Castilla despues de los días de su madre. Con motivo ó pretexto de esta sucesion ocurrieron grandes movimientos y guerras con que se agitaron los reinos cristianos de España por las pretensiones del rey de Aragon D. Alonso el Batallador, hijo del rey D. Pedro, el cual había sucedido á su padre D. Sancho Ramirez, muerto ante los muros de Huesca, que tenia sitiada, y cuyo sitio continuó luego su hijo D. Pedro como lo habían jurado á su padre él y los grandes, los cuales al fin lograron tomarla.—Volviendo al rey D. Alonso VI, hé aquí el elogio que de él hace el P. Mariana: «Fué modesto en las cosas prósperas, en las adversidades constante.» Fundó diferentes monasterios. (N. del E.)

le el pontificado. Por su parte los romanos prometieron que el Pontífice, los obispos y los abades renunciarían á las regalías, esto es, á los ducados, marquesados, ciudades, castillos, monedas, mercados y patronatos que habían pertenecido incontestablemente á la corona. Juráronse estos artículos, y se dieron rehenes de una parte y de otra, despues de lo cual Enrique llegó á Roma, donde le recibieron con honor (1111).

Esperábase el Papa en lo alto de las gradas de la iglesia de San Pedro, en donde todo estaba preparado para la coronacion. Postróse el rey y le besó los pies, y despues se abrazaron por tres veces. Cuando entraron en la iglesia le propuso Pascual que renunciase por escrito á las investiduras segun habían convenido; pero Enrique se retiró hácia la sacristía para conferenciar sobre el particular con los obispos y señores de su comitiva. Fingiendo estos escrupulizar como si se tratase de convenciones hechas inconsideradamente por los diputados, respondieron que no podían ratificar un convenio contrario al Evangelio que manda dar al César lo que es del César. Reclamaron al propio tiempo los obispos del partido romano contra la promesa hecha en su nombre de ceder las regalías; y estándose disputando vivamente por una y otra parte, uno de los partidarios del rey, dejando á un lado la ficcion dijo: «¿de qué sirven tantos discursos? Sabed que el emperador mi amo quiere recibir la corona como fué dada á los emperadores Carlos y Luis (1).» Habiendo declarado el Papa que no coronaria á Enrique, si este príncipe no cumplia lo que había prometido, este mandó al punto le arrestasen con los cardenales allí presentes, y fueron conducidos violentamente á una casa inmediata; y amenazó al

(1) Chron. Cass. lib. 4, cap. 38.